

Y sin embargo, el hombre trazó una vía en el flanco de la montaña, y abrió un camino escalonando las peñas.

Y así se desciende como en un vértigo, en medio de encinas seculares y árboles gigantescos velados casi siempre por una niebla densa y sombría, que envuelve aquellas inmensas rocas dejando flotar en sus grietas sus móviles girones.

Allí, en aquella perspectiva olímpica, pasó el primer acto del sangriento drama nacional: allí, en aquellas Cumbres, se virtió la primera sangre mexicana, que como un reguero de luz y de fuego, debía correr hasta el interior del país incendiándolo todo.

II.

Era el 26 de Abril de 1862.

El ejército de Oriente ocupaba el espacio comprendido desde las Cumbres hasta San Agustín del Palmar.

Pero según las noticias comunicadas por los exploradores durante la noche anterior, el enemigo se había movido de Oriente.

Entonces el general Zaragoza, con su Estado Mayor, avanzó hasta Ixtapa, para disponer allí la resistencia.

No pensaba disputar el paso de las cuestas, sino foguear un poco á sus soldados, y causar á la vez algunas pérdidas al enemigo.

Comenzó, en efecto, á colocar las fuerzas designadas, para sostener el primer encuentro con los franceses.

Dos mil hombres se pusieron á las órdenes de Arteaga, ese héroe sin tacha y sin miedo, que sintió un placer inmenso al verse señalado para tan alto honor.

Todo el dia 27 estuvieron situándose las fuerzas presentes, á la vez que llegaban las que se habían llamado de Tehuacan.

Al amanecer el dia 28 la batalla estaba formada.

CAPÍTULO XVII.

LAS CUMBRES DE ACULTZINGO.

I.

Las Cumbres! allí está ese espléndido panorama de gloria!

El suelo del Anáhuac, levantado tres mil metros sobre el nivel del mar, allí violentamente cortado á pico, formando una inmensa y altísima muralla de rocas titánicas, ceñidas por un espeso bosque!

Allá abajo queda la costa.

Primero se vé, como perdido en un abismo, el pueblo de Acultzingo, blanco, pequeño como una ave posada en la verde ribera de un arroyo.

Mas allá la sabana con los cambiantes matices de su vegetación exuberante en zonas sobreuestas teñidas de esmeralda. Sobre ese horizonte, una faja azul, ondulada, vaga, perdida en el espacio y confundida con la faja color de rosa del cielo... es el mar!

El viajero al llegar á la sima de la cumbre, se detiene aturdido, mareado, y no comprende como descenderá á la costa.

Apenas comenzaba á teñirse el horizonte con la luz del alba, cuando había en el campo una agitación suma. En las filas se notaba un entusiasmo infantil: nadie creería que aquellos hombres se preparaban á un combate.

Las fuerzas de Morelia se colocaron en el centro, en la primera cuesta; las de San Luis ocuparon el llano de la derecha, y las de Puebla, el llano izquierdo. Mandaba las primeras el general Rojo; Escobedo, que entonces solo era coronel, las segundas; y las terceras el general Negrete.

Los batallones de Querétaro formaban la reserva.

La mañana avanzaba rápidamente, y el general Arteaga no llegaba aún.

Sus ayudantes lo buscaban por todas partes, hasta que al fin se dirigieron al punto donde había pernoctado. Otro ayudante les salió al encuentro.

—Y el general? le preguntaron.

—Duerme aún, les contestó con un acento tristísimo.

Los oficiales movieron la cabeza como un signo de mal agüero.

Era que cuantos habían militado con Arteaga, notaban que cuando su general dormía profundamente la víspera de algún combate, ó era herido en él ó sufria una derrota.

Y eso los obligaba á ser supersticiosos.

Al fin fué preciso despertar al general Arteaga, el cual se levantó penosamente.

Pero su semblante estaba risueño: solo pensaba en la gloria, eterna ilusión en su alma de soldado!

III.

La mañana pasó tranquila.

A las once del dia comenzaron á llegar las fuerzas francesas al pueblo de Acultzingo, y al momento comenzaron á molestarlo nuestras guerrillas.

A la una del dia una avanzada del enemigo se dirigió hasta el pie de la cumbre: nuestras avanzadas la hicieron huir.

Desde aquel momento continuaron sin cesar las escaramuzas, saliendo constantemente avanzadas de Acultzingo, cada vez mas numerosas, que retrocedían á los primeros tiros, ó al recibir una granada en medio de sus filas.

Los franceses, preocupados con que podían con una patrulla conquistar el país, no comprendían aquella resistencia.

Por fin, á las tres de la tarde se desprendieron dos columnas de ataque por el centro, de á mil hombres cada una, y otra de mil quinientos por los flancos. En estas últimas venían mariños, que traían ademas de sus armas, instrumentos de zapa, y cuerdas y garfios para asaltar la altura.

Inmediatamente se empeñó el combate.

IV.

Arteaga tenía un defecto sublime para batirse; perdía la sangre fría.

Previsor y cauto al principio de la batalla, luego que ésta se empeñaba, su sangre noble e hirviente se agolpaba á su cabeza; olvidaba la línea que le demarcaba la ordenanza, se colocaba al frente de una columna, y se lanzaba sobre el fuego enemigo.

Era un león acorralado, hostigado, y que se arrojaba sobre el círculo de hierro que lo amenazaba.

Y con ese valor indómito, á los treinta minutos, Arteaga, con la columna del centro, había arrollado á los batallones franceses y llegaba á cincuenta pasos de la reserva enemiga.

Entonces una línea de luz opaca y rápida como una chispa eléctrica, recorrió la línea francesa, una inmensa detonación retumbó entre las rocas, una nube de humo envolvió á los combatientes, y Arteaga cayó herido del caballo.

Sus ayudantes lo rodearon sosteniéndole.

Era el primer héroe, el primer mártir de la independencia de México.

Entretanto, los cuerpos franceses que operaban un movimiento de flanco, ganaban terreno, ocupando las primeras cuestas de la cumbre.

Zaragoza comprendió que no debía sacrificar aquel cuerpo de ejército; que su plan estaba ya realizado, y ordenó la retirada.

Arteaga había sido arrancado por los suyos del lugar en que estaba más empeñado el combate.

El general se reconoció la herida, y viendo que el peligro más inminente que lo amenazaba era la hemorragia, se aplicó él mismo el compresor de Dupuytren, que llevaba siempre consigo, mientras llegaba la ambulancia.

La retirada se hacia en un perfecto orden.

Escobedo, que se encontraba cortado, ganó la montaña y se retiró para Tehuacan.

VI

V.

Pero aun no había concluido todo.

La defensa de la segunda cuesta se había preparado ya.

Allí estaba la brigada de Oaxaca con el general Diaz á la cabeza.

Hé aquí porque no solo hubo defensa, sino que el joven caudillo, lanzando un hurra á la nación, se arrojó sobre los franceses, arrollándolos después de un rudo y largo combate.

Los franceses se sorprendían de aquel valor que no habían encontrado jamas en los soldados disciplinados de Europa.

Pero la noche avanzaba rápidamente, y los toques de retirada se oían por segunda vez.

Y sin dejar de batirse, y con un orden admirable, el ejército republicano llegó de nuevo á la Cañada de Ixtapa.

La jornada de aquel dia se había concluido.

Era el inmortal preludio del 5 de Mayo.

Los franceses se retiraron.

Entretanto, los republicanos se prepararon para la noche.

El general Diaz se dirigió a su cuartel.

—Cuatro hombres aquí! gritó la voz conocida del teniente Pablo Martínez.

Cuatro dragones se desprendieron de la escolta.

El teniente se acercó á la camilla y dijo en voz baja:

—Mi general, voy á preparar el alojamiento.

—Sí, respondió el hombre que iba en la camilla, deseo descansar, la herida me sangra horriblemente.

—Rayos y truenos con estos diablos de franceses! ya nos la pagarán mas tarde: alto, muchachos, y descansad con mucho cuidado.

Los indios que llevaban la camilla, la posaron en el suelo contento.

—Yo me adelanto, comandante; antes de amanecer ya estaremos en San Gerónimo.

Adelantóse Pablo Martínez con los cuatro dragones y comenzó á galopar en dirección al pueblo donde el hijo de Aguilar hacia sus preparativos para la fuga.

Acercóse á la camilla el médico de la ambulancia y alzó la cortinilla.

—Hola, Mondoñedo, dijo el general Arteaga, ya necesito del auxilio de usted.

—Aquí estamos, mi general, dispuestos á curarle: acérquese, Felipe; y tú Santiago, enciende el mechero y prepara las vendas.

Los dos practicantes sacaron de sus bolsas de camino vendas, hilas, ungüentos, y cuanto necesitaban para la curación.

El general Arteaga seguía terriblemente enfermo, la caminata lo había empeorado y la amputación se hacia necesaria por momentos.

Manuel Mondoñedo se quitó la levita, y á su ejemplo los dos compañeros, acercáronse á la camilla y comenzó la curación de la herida.

Arteaga sufria el dolor con la resignación de un mártir.

Aquella sangre estaba destinada á empapar el suelo de la patria.

II.

Volvamos á la casa del señor Aguilar.

Guilebaldo había hecho un lio con su ropa de más valor, pasó la noche cosiéndose á las calzoneras las onzas de oro para evitar un robo.

Ensilló los caballos desde las doce, y no cesaba de ver las estrellas, relój seguro de los campiranos.

Ya comenzaba á clarear, cuando Isabel salió con mucho cuidado de su habitación, seguida de doña Juliana.

Guilebaldo estaba listo; colocó á su novia en el mejor de los caballos, y á doña Juliana en una mula mas endiablada que la viuda de Heráclio Mondoñedo.

Montó él en su caballo y emprendieron todos la caminata.

Llevaban media hora de camino, cuando la mula se asustó con un árbol que estaba derribado, y comenzó á dar una de brincos, reparos y corcovos, que parecía que se llevaba una legión de diablos á doña Juliana.

La infeliz viuda llamaba en su auxilio á toda la corte del cielo, y San Pascual Bailón, dispensándole un milagro, la hizo bailar de costillas en medio de la comitiva y en el centro de un gran lodazal.

—Muerta soy! gritó la viuda.

—Dios mio! la mató la mula! exclamó Isabel.

—La chafó! dijo Guilebaldo; y se apresuró á dar auxilio á su protectora.

—Uf! lo menos siete costillas me ha fracturado; yo tengo la culpa por andar en aventuras: y usted, bárbaro, que me ha montado en esta fiera.

—Yo no sabia que era tan regiega.

—Usted no sirve para casado.

—Vamos, levántese usted que ya amanece, y el señor mi padre nos seguirá inmediatamente.

—No puedo moverme y ya el agua me cala hasta los tuétanos.

Guilebaldo sacó del lago á doña Juliana y la puso sobre una roca.

—Ay! ay! toda la parte del *vaso* me duele espantosamente, la espinilla la tengo raspada, y la cabeza se me anda como rueda de castillo de cohetes.

—Suba usted á la mula, estoy seguro de que no hará otra igual.

—Si con esta que ha hecho estoy mas que satisfecha.

—Suba usted ó la dejamos ahí.

—Eso sí no lo consentiré, dijo Isabel.

—Gracias, hija mia, este hombre es un cocodrilo, mas aún, es una especie de gallego.

—Pues díganme qué hacemos?

—Vaya usted por un médico.

—Solamente que camine hasta Puebla, que dista veinte leguas.

—Ay! ay!.... maldita mula; pero usted, hombre, no se mueve!

—Aunque me mueva, mientras usted se esté quieta nada adelantamos.

—Súbame usted á su caballo y sigamos.

Guilebaldo, accediendo á la peticion de doña Juliana, la puso sobre su caballo; pero la infeliz no pudo sostenerse y asida del cuello del novio se quedó media privada.

—Cómo pesa el diablo de la abuela, ya me sofoca: pues estamos lucidos, esclamaba el novio procurando desasirse del lazo de hierro con que lo sujetaba la viuda.

—Es imposible caminar, decia Isabel; aquí nos van á sor-

prender: qué dirá el señor Aguilar, que soy una ingrata, yo tomo una resolucion y Dios dirá lo que ha de ser de los demás.

Arrimó las espuelas á su caballo y partió á escape para San Gerónimo.

Llegó á la casa, que permanecia en silencio, se entró en su habitacion y se metió en el lecho.

III.

Atónito se quedó Guilebaldo con la precipitada determinacion de su novia.

No volvia aún de su asombro, cuando Pablo Martinez llegó al lugar de la aventura con su escolta.

—Quién vive! gritó el guerrillero.

—Guilebaldo Aguilar! respondió el mancebo.

—¡Alto!

—Si ya hace media hora que no hacemos otra cosa.

Llegóse Martinez y encontró el cuadro patético de la vieja asida del cuello del mancebo.

—Hola! amores tenemos, y á estas horas; pues madrugar este par de tortolitas.

—Ay! esclamó doña Juliana.

—Esta jóven se queja, la debe usted haber hecho mal, amiguito.

—No ha sido él, sino ella.

—Quién es ella?

—Esa mula!

—De quién se trata?

—De esa infame!

—No entiendo una palabra.

—Señor guerrillero, la causa de mis males es un animal.

—Ellos son siempre la causa de todo.

—Yo no sé mentir, es necesario que usted sepa que este jóven me llevaba robada.

—Y se ha atrevido este hombre á cometer semejante horror?

—Yo no he cometido nada, contestó Guilebaldo.

—Vamos, dijo Martinez, ¿cómo se llama usted?

—Guilebaldo Aguilar.

—Luego usted es hijo de mi amigo don Luis?

—Sí, señor.

—Pues no permito el que se lleve adelante esta aventura, entre usted en filas y vamos á la casa paterna.

Guilebaldo se puso entre los dragones, y doña Juliana comenzó á decir con sentimiento.

—Caballero militar, usted no debe abandonar á una infeliz muger en medio de un camino, mi honra quedaria á merced de los bandoleros, y esto es injusto: caballero, la mula se asustó con un árbol, y yo he caido en una postera muy poco contable; pero soy una mujer digna de compasion, las costillas están hechas pedazos y la rabadilla desollada; vea usted, señor soldado, como soy viuda de un gallego, estoy espuesta á mil contratiempos; todos los sufriré hasta con gusto, menos pernoctar en estos vericuetos.

—Ea! gritó Pablo Martinez, suba al caballo y vuélvase con nosotros á San Gerónimo.

Un dragon levantó en peso á doña Juliana y la plantó sobre el caballo.

El instinto del miedo hizo á la pobre vieja sostenerse en el animalejo, y echóse camino adelante, suriendo las indirectas de los soldados y las chuscadas del guerrillero.

IV.

Levantóse el señor Aguilar y buscó á su hijo en la estancia,

sobre la mesa había un papel que imprudentemente dejó Guilebaldo, era su despedida.

“Padre mio:

“Huyo con la muger que amo; cuando usted me busque, ya no pareceré; me llevo una buena mula y algunos pesos; yo volveré á trabajar, y dígale usted á mi madre que he preferido el matrimonio á ir al puerto de Matamoros á pasar los cinco años que me tenia ofrecidos. Adios, padre mio, yo soy siempre el mismo; no me busque usted, ya sabe que voy á Puebla donde me tiene á sus órdenes como su muy obediente hijo.

Guilebaldo.”

—Este muchacho es un borrico y esa infernal mexicana una ingrata; yo tengo la culpa por haberme echado esa sierpe en el seno; aunque yo pensaba casarla con mi hijo: vamos, la juventud tiene sus yerros, es necesario perdonar la inexperiencia. Es necesario avisar á la madre y dejar á ese animal que haga lo que le diere la gana.

Isabel se levantó y salió al encuentro del señor de Aguilar.

—Cómo es esto, señorita? dijo don Luis.

—Qué pasa, señor, que me ve usted tan azorado?

—Luego usted no es la novia?

—De quién?

—La robada.

—No entiendo una palabra.

—Ah!... Oh!... será la bruja infernal de doña Juliana!

—Esa señora ha desaparecido.

—Béstia!... hipopótamo!... antropófago!... gustarle las catedráticas!

—Pero qué sucede, señor?

—Que Guilebaldo se ha huido con la vieja infernal de doña Juliana y con la mejor de mis mulas!

Llegaban aquí las esclamaciones del padre de Guilebaldo, cuando la caravana llegó á la puerta de la casa.

—Hola, teniente Martinez! gritó el señor Aguilar.

—Aquí le traigo á usted este mozo, lo he sorprendido en la carretera con este fenómeno.

Guilebaldo salió de entre las filas y dijo humildemente á su padre:

—Señor, perdóneme usted; pero *esta*, no es *ella*.

—Pues *ella* es una loca, y *esta* es la mula que me hace tanta falta.

—Señor padre, doña Juliana no es *ella*.

—Ya comprendo que es *él*, porque ella te ha robado.

—Oigame usted, por compasion, esclamó doña Juliana; yo no he robado á nadie, es una equivocacion horrible.

—Bien, baje usted del caballo.

—No puedo, la mula me ha dado tan fuerte zopapo, que en un tris estuvo el que dejara yo el bautismo en las piedras del camino.

—Eso me tiene sin cuidado; baje usted, y ya mi hijo llevará su merecido.

—Pelillos á la mar, gritó Martinez; si usted le toca un pelo á ese mancebo, me lo llevo; ofrézcalo usted, déme su palabra y es quanto exijo.

—Le doy á usted mi palabra, dijo el señor Aguilar; pero mañana queda casado Guilebaldo con esa señora.

—Zapateta! esclamó Guilebaldo sacudiendo los dedos, primero me ahoren.

—No hay remedio, hoy los presento al curato.

—Vea usted, señor padre, descuarticeme usted, hágame usted cecina como á los caballos que se nos mueren en el rancho;

pero no me obligue á que haga la *groseria* de decir redondamente que *nó* delante del padre cura.

—Tú cubrirás el honor de esa señora.

—Señor padre, si yo no lo he descubierto.

—Silencio todos! que llega mi general Arteaga, gritó el guerrillero.

V.

El herido de las Cumbres de Acultzingo llegaba en una camilla á la casa del señor Aguilar, donde se le dió la más franca hospitalidad.

—Nos hemos batido todo el dia, dijo Martinez á su huésped, la desgracia ha hecho que una bala atravesase la pierna del general, y nos hemos retirado: ¡demonio! esta sangre les ha de costar bien caro.

—Y está de peligro?

—Creo que no; él solo se hizo la primera curacion, y ha resistido la fúria médica con un valor todo suyo.

—Bien, aquí pasará algunos dias tranquilo.

—El guerrillero meneó la cabeza.

—No hay que hacerse ilusiones; hemos perdido aunque con honra la primera batalla.

—Es cierto, dentro de algunas horas volveremos á batirnos; yo aquí dejo á mi general; porque eso de que haya fiesta y yo no me encuentre, es imposible.

—Pablo Martinez, en una de esas pierde usted la vida.

—No importa, he nacido para *estacar la salea*, y ya se me hace tarde.

—Fueden darle á usted gusto.

—Como me lleve á media docena por delante, aunque me atravesen.

—Llega ya la Ambulancia; vamos, que el general está bien cuidado.

—Ese señor Mondoñedo es muy activo y viene acompañado de dos estudiantes que son la piel de Barabas.

—Aquí están, les daremos conversación mientras el general entra en reposo.

Acercáronse Felipe Cuevas y Santiago Gonzalez.

—Caballero, dijo Cuevas, tenemos el honor de saludar á nuestro huésped.

—Están en su casa, señores.

—Deseáramos, se apresuró á decir Gonzalez, algo de comer, porque en todo el dia hemos probado un trozo de carne.

—Isabelita! gritó el señor Aguilar á su jóven alojada.

A ese nombre los dos estudiantes volvieron la cara.

Isabel Torre-Mellada acudió al llamado de Aguilar.

—Ella! exclamaron á una voz los estudiantes y se apresuraron á saludar á la jóven.

—Usted por aquí, señorita?

—Buen susto nos ha dado con su desaparición; figúrese usted que mi hermana Loreto está inconsolable.

—Pero mas inconsolables estamos nosotros.

—No es tarde el bien cuando lléga.

—Nos felicitamos por el encuentro.

Guilebaldo les lanzaba á los estudiantes miradas de basilisco.

Isabel estaba enteramente cortada.

—Donde la habrán conocido este par de tunos, se preguntaba el señor Aguilar.

—A lo que parece, dijo Martinez, ustedes son conocidos viejos.

—Tan conocidos, dijo Santiago Gonzalez, que su padre de la señorita le dió una zurribamba de palos á mi compañero.

—No fué paliza, señores, dijo amostazado Felipe Cuevas, fué un muletazo por equivocación.

—Lo que no obstó para que le fracturase una costilla.

—Los señores, dijo Isabel, eran visitas de casa, y por lo tanto mis buenos amigos.

—Es cierto, contestaron los estudiantes, no queriendo descubrir la verdadera historia de la jóven.

Guilebaldo tenía á todos los diablos en el cuerpo.

—Señores, dijo el señor Aguilar, pasemos al comedor, que parece que hay apetencia.

—Pasemos, contestaron los ambulantes, y se dirigieron á la mesa quasi exánimes de hambre y necesidad.

El teniente Pablo Martinez, que era un gracioso de primera fuerza, amenizó la tertulia con historias divertidas, á las que contestaba Felipe Cuevas con las suyas de Nueva-York.

Martinez tomó una copa y dijo en voz alta:

—Brindo por el próximo enlace de Guilebaldo con doña Julianá.

Todos aplaudieron con frenesí, menos el mancebo aludido, que rechinó los dientes como un endemoniado.

Isabel se reía á dos carrillos y cambiaba miradas de inteligencia con su prometido.

VI.

Mondoñedo había curado al general Arteaga y permanecía á la cabecera del enfermo.

—Duerme usted, mi general?

—No, estoy con fiebre, respondió Arteaga; quisiera haber muerto al disputar el paso á los franceses.

—Ha cumplido usted como un valiente.

—Ya no le sirvo de nada á mi país, esto me desespera horriblemente.

—Procure usted reposar.

—Tengo delante la batalla, me parece oír las descargas de

la artillería; ¡pobres soldados míos, han muerto como mueren los héroes!

—Es cierto.

Después de un rato de silencio, Mondoñedo dijo al general:

—Queda usted al cuidado de esos compañeros, yo tengo que marchar con el general Zaragoza al encuentro del enemigo.

—Está bien; estoy satisfecho del cuidado é inteligencia de esos jóvenes.

—Dentro de algunas horas ya nos habremos separado, mi general.

—Mondoñedo, usted es valiente, no escasee usted las oportunidades de distinguirse, es necesario que los franceses sepan que hay mexicanos que saben morir en defensa de la patria.

—Tal es mi intento, señor general.

—La actitud que conserve hoy nuestro ejército, decidirá del porvenir.

—Hoy ha habido episodios que honran á México, y el presentado por usted al caer herido luchando como el primero, es de los mas notables.

—He cumplido con mi obligación.

—Adios, general.

—Adios; dígale usted al general Zaragoza, que le recomiendo á mis heridos.

Aquel hombre no había olvidado á sus soldados y les consagraba sus desvelos desde el lecho del dolor.

Hay seres que al presentarse en la vía dolorosa por la que atraviesa la humanidad, son llamados al cadalso sangriento del martirio por lo elevado de sus ideas y lo sublime de sus sentimientos!

VII.

A la mañana siguiente, el alcalde del pueblo dió aviso de la aproximación de una guerrilla enemiga.

—Llévense al general! gritó Pablo Martínez, mientras yo peleo con esos traidores.

Dirigióse al camino por donde aparecían los reaccionarios, mientras el señor Aguilar y su familia seguían á los jóvenes del Cuerpo médico que sacaban violentamente en la camilla al general Arteaga.

El teniente Pablo Martínez, emboscado en las laderas del camino, contuvo á una guerrilla que trataba de apoderarse de pueblo.

Algunos dispersos que llegaban de las Cumbres engrosaron las filas del atrevido guerrillero, y la fuerza contraria se puso en fuga dejando tres muertos en el campo y varios caballos.

—Primero las orejas! gritó Pablo Martínez, que permitir á esos bandidos que tocasen á mi general! Ahora, que el alcalde entierre á los muertos, y vámonos los vivos á seguir dando guerra hasta que San Juan baje el dedo.